

PEDALEANDO HACIA EL ÉXITO

IGOR GONZÁLEZ DE GALDEANO

I. El legado

Las promesas y el atrevimiento deben estar acompañadas de un firme sendero de realidad.

—**iZ**orionak, Igor!
—¡Gracias, *aita*! ¡Hoy sí! ¡Me prometiste que cuando cumpliera seis años podría salir de la plazuela!
¡*Aita*, me lo prometiste!

Así amaneció el día de mi sexto cumpleaños. Desde los tres años daba vueltas con mi bicicleta al espacio —yo lo denominaba plazuela— circunscrito por una valla que rodeaba la casa, soñando en el día en el que, al igual que a mi hermano Álvaro, que tenía tres años más que yo, me dejarían disfrutar de la libertad. Sentía aquella limitación como un encarcelamiento, aunque el encierro lo experimentaba más bien mi bicicleta, ya que yo sí podía salir. Con seis años, todo hay que decirlo, no me alejaba. Precisaba sentir cerca a mis padres; dentro un radio de acción limitado podían rescatarme.

Sin embargo no me consentían distanciarme con mi bici. El exiguo circuito me hastiaba. Mis primos y hermanos volaban. A mí me cerraban el portón:

—¡Tú, no! —me silabeaban, como si fuese un perrillo que pudiera escaparse.

Mi objetivo era dar vueltas por el pueblo y pedalear incansable. Disfrutábamos en un pueblo llamado Larrea, a

veinticinco kilómetros de Vitoria-Gasteiz. Es una zona de pastoreo, agricultura y naturaleza, mucha naturaleza.

En esa casa de veraneo y fines de semana transcurrió mi infancia y parte de la adolescencia. El velocípedo era lo más valioso que teníamos cada chico del pueblo. Advertíamos algo comparable a cuando apruebas el carnet de conducir, dispones de un coche y no paras de moverte de un lado a otro con el flamante automóvil. Necesitas ascender a un puerto que siempre has anhelado ascender al volante o acudir al pantano que tantas veces has visitado con tus padres pero nunca solo. De repente ansías dar una vuelta como si fuera la primera vez, porque conduces tú.

Mi pretendido regalo de seis años era traspasar esa puerta y clamar: «¡Soy libre!».

Ahora, con perspectiva, entiendo a mi *aita*. A los cinco años me dijo que podría salir a los seis... y seguramente a los cuatro que podría a los cinco. Era una manera de retrasar una decisión que no iba a tomar hasta que no me juzgase competente. Competente ¿para qué? Para conocer lo que me iba a encontrar: coches, motos, tractores, todoterrenos... Un sinfín de peligros para los que debía prepararme. Me hallaba en la primera fase para conseguir cualquier objetivo: la del sueño. Fantaseaba con abrirme al mundo, con rodar hasta el infinito. Ambicionaba sentirme como esos halcones que vuelan sin limitaciones. Había veces que tenía la sensación de que me venían a buscar, de que me convocaban: «¡Ven!».

Quería acompañarlos.

Mi fantasía pergeñaba lo que iba a hacer cuando me dejasen. No era consciente de los contratiempos que podían surgir al traspasar esa barrera. Para eso estaba mi *aita*, en aquel momento mi *coach*. Él se encargaba de incrustar realidad, aplicándome un protocolo de actuación que debería cumplir el día que diese su conformidad para que desembarcase en territorio hostil.

Pasaron dos años más antes de abandonar aquella plaza. ¡Qué gran día! ¡Qué sensación! No se me borra la emoción. Salí como el cachorro que lleva atado todo el día y lo sueltas en un prado. No paraba de pedalear. Era como si no me cansase. Eso sí, no sin antes escuchar a mi padre recitarme las normas, un detallado protocolo en el que mi madre también participó: «Cuidado con los coches, no vayas por la carretera, solo de aquí al río...».

Una letanía de limitaciones, reglas, consejos. Sin saberlo me proporcionaban la mayor libertad, la de vivir con sentido común. Cuando afrontas situaciones nuevas y te niegas de manera pertinaz a aceptar la realidad, los peligros que acechan pueden ser catastróficos. Mi *aita* no lo iba permitir.

Recuerdo el viento en la cara. El aire era limpio, me entra en los pulmones como recién sacado de la máquina que pensaba en aquellos momentos tenían esos montes que rodeaban Larrea. ¡Nunca había pedaleado en una recta! Fue maravilloso.

Empezó a rodar mi cuentakilómetros interno. Aquel inicial recorrido me lanzaría a lo que luego fui, el primer paso en mi sendero al éxito como ciclista profesional, que en aquel momento ni conjeturaba.

Poco a poco fui obteniendo más derechos, hasta moverme por el pueblo sin cortapisas. Iba con mis amigos Hilario, Josemi, Rubén... Siempre haciendo carreras. Cada uno nos poníamos nombre de un ciclista. Yo, el de Juan Fernández, gran deportista alavés de aquellos tiempos. Las grandes carreras, el Tour, la Vuelta o el Giro, o las grandes clásicas, se disputaban en aquellas competiciones entre nosotros, emulando a los grandes de aquellos tiempos: Marino Lejarreta, Lucho Herrera, Perico Delgado, Stephen Roche...

Un 3 de enero, en plena Navidad, cumpleaños de mi hermano Álvaro, llegué a casa a media tarde y lo vi con una bicicleta de carreras. Una ZEUS 2000, de color rojo. ¡Era de

competición! ¿Quién la habría traído? No dejaba de contemplarla. Acerqué mi cadera al sillín para medir la altura. Me ponía de puntillas..., pero ni por esas. Incluso a mi hermano, que era más alto, le quedaba grande. No llegaba solo. ¡Ropa de ciclismo! Un maillot y un culote del Irunés, un club ciclista de Irún. Se la regaló mi tío Iñaki, que había hecho sus pinitos como cicloturista. Su vida profesional en la hostelería no le permitía rodar tanto como le gustaría. Era una preciosidad. Ese regalo puso los railes del tren que iba a acompañar a mis *aitas* toda una vida: el de las competiciones de bicicleta. Iban a seguir a sus hijos por el mundo.

Compartíamos la casa de Larrea con mis tíos Jacinto y Araceli, y con mis primos Iñigo, Raquel y Adolfo. Mi tío Jacinto era muy aficionado al ciclismo. Siempre nos animaba a que también lo fuésemos nosotros. Tenía buenos amigos, en especial ciclistas profesionales y auxiliares del antiguo KAS, equipo de grandes éxitos. Muchos venían a merendar. ¡Ciclistas profesionales en nuestra casa! La vida de Jacinto giraba en torno al deporte.

El regalo de mi tío Iñaki y la pasión de mi tío Jacinto provocaron que mis hermanos Ainhoa, Álvaro, mis primos Iñigo, Raquel y Adolfo y yo comenzásemos a rodar por las carreteras de la zona. Mi primera salida fue de unos veinte kilómetros. Le eché un esprint a mi tío Jacinto con tan solo diez años. ¡Le gané! Para mí fue como disputar una etapa del Tour de Francia. Me concentré, calculé la distancia, y salí con todas mis fuerzas. ¡Vencí! Me parecía increíble. Sin duda me dejó ganar con el fin de que regresase más motivado. Cuando llegó a casa le dijo a mi *aita*: «¡Este chaval tiene garra!».

Con esa frase impulsó mi autoestima. Qué importante es la motivación para conseguir tus sueños. Pero no se alcanzan utopías sin sacrificio. En las semanas sucesivas seguí sumando kilómetros en mi particular cuenta.

Cierto día, cuando llevábamos 6 km recorridos, pedí a mi tío regresar a casa. Me sentía cansado y prefería ir con mi bicicleta de paseo a dar una vuelta con mis amigos. Volver no era difícil. Solo había un cruce y seguir recto. Se me hizo largo, no llegaba a la encrucijada. Me puse nervioso y pensé que me había perdido. Arranqué a llorar, hasta que una mujer me indicó. No conté nada. No quería descubrir mi debilidad. Pero estábamos en el pueblo y todo se supo.

No quería que nadie dijese: ¡Igor se ha perdido! Fue un error no sincerarme. Mentí, y eso no lleva a ninguna parte. Tenía que haber sido humilde y confesado mis inseguridades. No volví a repetir esa actitud de esconder mi pequeño fiasco. Es mejor ponerse rojo una vez que muchas colorado. Haber reconocido lo sucedido me hubiera ayudado a ser más modesto. Aprendí. En compañía te sentías con seguridad y control, pero que una vez que te dejaban solo verificabas lo endeble que eras.

Álvaro empezó a competir y se apuntó a una escuela de ciclismo, la de Salvatierra-Agurain. Te enseñan a competir, a experimentar valores y a generar hábitos. Asimilas desde pequeño la disciplina en el entrenamiento, el compromiso, la cercanía de las personas que te acompañan, la capacidad de superarte. Te explicitan la inmolación de compaginar el ciclismo con tus estudios y la de tus padres por seguirte donde compitas. También el trabajo del voluntario, de las personas a las que les apasiona el ciclismo y de forma altruista te acompañan en tu desarrollo. Fortaleces hábitos saludables. Entiendes lo que es la responsabilidad de cuidar el material, la indumentaria. Las escuelas son indispensables en el aprendizaje. Ahí empezó mi hermano. Pronto lo seguí.

Principiaron las victorias de Álvaro. Su nombre comenzaba a resaltar. Cada vez que llegaba a casa, mis *aitas* y él venían satisfechos de la competición, con algún trofeo y ramo de flores debajo del brazo. Lo contemplaba con admi-

ración. Yo me seguía moviendo por el pueblo con mis amigos en competiciones y carreras. Poníamos la salida, pintábamos una meta, y a ver quién era el primero. La bicicleta era una de nuestras principales pasiones y herramienta indispensable para forjar nuestro futuro.

Bajábamos senderos con piedras, sorteábamos arboles a gran velocidad, incluso cruzábamos ríos. Todo sin pensar en el peligro. Éramos felices. Como bien describe Eckhart Tolle en su libro *El poder del ahora*, lo relevante era vivir el momento. No pensábamos en lo que ayer te pudo enfadar, o en lo que mañana podía acaecer y tanto te preocupaba, ya que quizá no sucedería nunca.

Nosotros lo hacíamos de forma inconsciente. No reparábamos ni en el ayer ni en el mañana. Cada momento era único. Así lo he ido aplicando en la vida. Muchas veces cuando me atasco en un problema, cuando me pongo a pensar en cosas que pueden producirse, recuerdo cuando rodaba por el pueblo con mis amigos. Solo existía ese momento, que exprimía como una naranja para sacarle todo el jugo. La bici me introducía en mí, en mi esfuerzo, en mis competiciones, en disfrutar con los colegas. En cómo ganarles, en qué táctica utilizar, en cómo vencerlos. Mañana sería otro día. Así lo he aplicado tanto en el deporte profesional como ahora en la empresa. Valores y hábitos que me siguen acompañando.

Al cumplir once años me planteé competir. Fue como si encendiesen una bombilla y de repente se iluminase la opción de seguir los pasos de mi hermano mayor. El entorno también me impulsaba. Por si fuera poco, Hilario, mi mejor amigo, comenzó a competir en la escuela de Salvatierra. Álvaro ascendió de categoría, cambió de club a la peña ciclista Dulantzi, que tenía equipos en categorías de cadetes y juveniles y se situaba más cerca de Vitoria, donde residíamos de forma habitual. Estaba dirigida por quien en esos años fue una de las personas más importantes en nuestra trayectoria:

Iñaki Sáenz de Eguilaz. Iñaki era joven y soltero. Dedicaba al ciclismo el tiempo que sus tiendas y supermercados le permitían. Era altruista. Siempre estaba dispuesto a ayudarnos. ¡Qué importante es el acompañamiento! Una de sus normas era que los padres debían mantenerse al margen de las decisiones de la escuela. El equipo debía ser independiente de progenitores enfervorecidos que no son imparciales. Fueron años maravillosos. No solo estaba él, también Maturana, Antonio, Javier, el Maño, Mari Carmen, y tantos que nos apoyaron en esos años.

Mi primera competición fue en el circuito de Aranbizcarra, un barrio de Vitoria-Gasteiz. Me enfrentaba a un montón de ciclistas que sabían lo que era competir.

Era un circuito de 1 km, cinco vueltas. Era alevín de segundo año.

Albergaba muchísimas dudas y quería que alguien me las resolviese: ¿Se sale a tope o tranquilo? ¿Se espera a la última vuelta o se ataca desde la primera? Nadie me respondía con claridad. Los más experimentados me miraban de perfil, preguntándose si consideraba que iba a ganar. El único que sabía de lo que era capaz era Hilario. Había que salir y dar tu máximo hasta la meta.

No disponía de maillot. Todos aparecieron bien equipados menos yo, con una camiseta blanca. ¡Me palpitaba el corazón a mil! Con el banderazo me puse a tope sin mirar atrás. Me dolían los brazos y la garganta se me secaba, pero yo pedaleaba. Me coloqué primero. El público me animaba. Mis padres gritaban: «¡Muy bien, Igor!». La última vuelta se me hizo eterna temiendo que en el último momento alguien me superase.

Gané por dos razones claras: por miedo, que en vez de debilitarme me fortaleció, y por el talento. El temor es necesario cuando afrontas un gran reto. El recelo no me bloqueó, sino que me aportó la urgencia de huir hacia delante.

Yo salí a tope. Luego gestioné mi desgaste. Lo conseguí. Me acompañó el talento, que empecé a mostrar ese día a ojos de todos. Fue la antesala de muchas victorias.

Es ineludible pulir la idoneidad. Es la única manera de triunfar en aquello en lo que crees. El miedo te mantiene alerta. Saca lo mejor de ti y contribuye a vigilar cada detalle para culminar la cima.

Mi hermano heredó la bicicleta y el ardor de mis tíos Iñaki y Jacinto. Yo me beneficiaba de las bicicletas que mi hermano iba abandonando con el ascenso de categoría. Anhelaba sus resultados y sentía la necesidad de imitarlo.

Mi vida en el pueblo era fundamental. Siempre quería estar en Larrea. Me sentía feliz, libre, y de forma inconsciente desarrollaba la aptitud que tenía para el ciclismo. No dejaba de rodar, unido a las salidas que realizábamos con la escuela de ciclismo del pueblo de Alegría en la que estaba inscrito.

Con trece años, Hilario y yo acompañábamos a su padre, pastor, a buscar a las ovejas al monte. Se encontraban en la sierra de Elguea, que envolvía al pueblo en un magnífico paisaje. Subíamos a ayudar a reunir las y trasladarlas a donde el padre de Hilario indicase. Metíamos las bicicletas en el Land Rover para una vez concluido el trabajo bajar los dos a tumba abierta por aquellos senderos de piedras. Hacíamos competiciones. Incluso quitábamos el freno de delante de la bicicleta con el fin de apaciguar el ritmo con el de atrás y evitar emplear los dos frenos y salir despedidos por delante. Descensos de 6 km. ¡Casi nada!

Caídas, muchas. Ninguna grave. Cuántas veces me he acordado bajando los grandes puertos del Tour de Francia, como el Tourmalet, el Glandon, el Galibier, Val Louron... de las travesías con Hilario tras recoger el rebaño.

Los dos fuimos seleccionados por la Selección de Euskadi, y luego por la de España. Hilario era un ciclista brillante. Acopiaba talento, buena planta y brío, que hoy en día mantiene. Su padre, hermano de mi tío Jacinto, también era un gran aficionado. Tanto Hilario como sus dos hermanos, Rubén y Javi, competieron. Todos de Larrea.

Las victorias llegaban e iba generándose una selección natural. Unos por una cosa, otros por otra, fueron relegando el ciclismo. Hilario y yo seguíamos firmes. Los éxitos nos motivaban.

La categoría de juveniles empezó a ser complicada. Con dieciséis y diecisiete años, la adolescencia llamaba a la puerta. No solo debíamos conjugar el deporte con los estudios, sino con los más tentador: con los amigos y las salidas de tarde y noche del fin de semana. Hilario y yo, inseparables tanto en la bicicleta como fuera de ella, empezamos a frecuentar las discotecas.

El talento, la disciplina, el compromiso iban ascendiendo, pero nuestra mente nos pedía invertir horas en salidas con amigos que no eran deportistas. Fueron años difíciles. La competitividad era mayor, y el entrenamiento también debía serlo. Había que empeñarse más si querías adaptarte a los cambios. Como en la vida, como en la empresa. Hacerlo de siempre es conseguir, como mucho, lo de siempre. Si no te renuevas, si no impulsas tu proactividad, tu empatía, unido a la adaptación al cambio, estás perdido. Las opciones se agotan. Tuve que luchar contra mis sentimientos de mozo.

Tiempos recios. Mis amigos, añejos y nuevos, disfrutaban de una vida de estudio y juventud, mientras que yo añadía el ciclismo a colegio y mocedad. Ellos salían hasta altas horas. Yo no debía. Luchaba entre ser ciclista y mis tendencias. Lo relevante es rodearse de personas que te acompañen en tu objetivo. Que te impulsen y crean en ti, y estén ahí pase lo que pase.

Me aprestaba con mi marcada personalidad a querer tomar mis propias decisiones, no siempre dirigidas al bien común. En ocasiones solo miraba por mí.

En una de esas salidas conocí a Nerea, que me ha marcado personal y deportivamente. Me ha acompañado en todo. Siempre ha sido una sensacional motivadora para mi carrera. Comenzamos con diecisiete años. Llevo con ella una vida de experiencias, alegrías, torpezas de mozos, aciertos, y sobre todo de mucho respeto. Es un lujo contar una mujer con la cabeza bien amueblada: responsable, cauta y enérgica. Genera estabilidad, seguridad y tranquilidad. Volveré a hablar de Nerea, pues su aportación ha sido fundamental.

Cuando sumaba diecisiete años, durante el último periodo de la categoría juvenil se celebraba un domingo un campeonato de Álava. El sábado había quedado con mis amigos. Alegué un dolor en una rodilla para no participar. No era cierto. Sentía una molestia, pero no como para no competir. Me llamó el director, el incombustible Iñaki, y junto a mi padre me obligaron a ir. ¡Cómo lo agradezco!

Ellos tomaron la opción correcta. Si yo no hubiese participado hubiese sido un mal ejemplo. Competir provocó que no saliese con mis amigos la noche anterior. Acudí muy disgustado, pero gané. No siempre las providencias que contrarían son malas. Como explicaba Marco Aurelio, lo que no es bueno para la colmena, no es bueno para la abeja. El director veía claramente que la decisión de no ir yo no iba ser buena para el funcionamiento del equipo ni para mí e iba a generar mal ambiente. Las decisiones bien tomadas, aunque generen inicialmente disgustos y conflictos, siempre conciben buen resultado cuando se adoptan por el bien del grupo.

Mi adolescencia seguía campante. Pasé de ser tranquilo y taciturno a discutir con mi bendita madre todas las mañanas. Sus normas no me gustaban. Quería imponer las mías. Mi *ama* siempre ha sido portentosa. Era indescriptiblemen-

te buena. Ni el mejor de lo actuales directivos de grandes empresas superaría su organización y capacidad de mando. Todo, unido al cariño que nos trasladaba a los tres hermanos. Era, y sigue siendo, una mujer con fuerte carácter, que colisionaba con el mío. Mi padre nunca permitía una falta de respeto en las salidas de tono que yo tendía a tener. En cualquier conversación que mantenía con él, me advertía: «Igor, cuida a tu madre y respétala. Ella es el motor de esta familia y hace muchísimo por nosotros».

El respeto es fundamental en cualquier organización, sea familiar, deportiva o empresarial.

Para las competiciones que comenzaban a las 10 de la mañana, nosotros nos teníamos que levantar a las 6:30 h. Mi madre tenía todo dispuesto: el arroz, el desayuno continental y las tortillas de dos huevos preparadas en el momento. Nunca escuché un *ibuff*, otra vez! o *ila próxima os la hacéis vosotros!* Allí estaba ella, como un clavo, al pie del cañón. En mi hogar no teníamos un enunciado familiar, como aconseja Stephen Covey. Sin embargo ella se encargaba de que cada uno de nosotros participásemos de forma activa en todas las labores de la casa.

Me encontraba aún en la fase de la mera ilusión por ser ciclista profesional, por llegar a lo más alto. Todavía no me había planteado ninguna estrategia, ni por supuesto me acompañaba la disciplina al 100 %. Seguía trabajando, pero hacía valer mi talento, que con el esfuerzo justo facilitaba el que alcanzase victorias y que las selecciones provincial, autonómica y nacional contaran conmigo.

Una de las medallas que más ilusión me hizo la recogí en un Mundial en categoría juvenil. Ha sido la única que ha conseguido una Selección española en una disciplina que ya no existe: la contrarreloj por equipos de cuatro ciclistas. Fue en Colorado (EE. UU.). En 1990 nos embarcamos un equipo dirigido por un hombre entusiasta, Fernando Urteaga, selec-

cionador, con carácter fuerte. La disciplina y el trabajo duro eran sus dos principales premisas. Se sumaron dos circunstancias adversas: el cambio horario y la altitud. Por encima de los 2.000 metros la falta de oxígeno era terrible y necesitábamos adaptarnos.

Fernando basaba el éxito en la bravura y la estricta pauta en horarios de entrenamiento y descanso, que eran aplicados de forma severa en la preparación de aquel Mundial. Fue la primera ocasión en la que incorporé un método tan intenso. Fernando confiaba en nosotros. Estaba seguro de nuestras capacidades y mantenía alerta a los integrantes del equipo, para que cada uno afrontase su cometido con la misma entrega que él. Fue la primera vez que vi de verdad lo que era una norma en todos los ámbitos para afrontar con posibilidades de éxito un Campeonato del mundo.

Nadie apostaba por nosotros. Las Selecciones favoritas eran Italia, EE. UU., Rusia, Francia... Nosotros no contábamos. Sin embargo, nuestro seleccionador no albergaba dudas. Fue terrible por su temperamento rígido, escrupuloso con el cumplimiento de horarios y entrenamientos.

¡Conseguimos la medalla de bronce! Un hito histórico para una Selección juvenil. Esa prueba refleja uno de los valores de este deporte: el trabajo en equipo. Una norma es que debíamos llegar mínimo tres juntos a la meta. Cuenta el tiempo del tercero. Es quien se marca. Resulta esencial el valor de actuar como uno los cuatro integrantes. Es preciso asumir que tu aportación es clave. Para mí, como en aquel Campeonato del mundo, trabajar en equipo consiste en que al culminar una prueba cada uno sintamos que cada trocito de esa medalla es de cada integrante. No solo ciclistas; también seleccionador, fisiólogo, médico, mecánico, administrativo... ¡de todos!